

MI CREDO COMO EDUCADOR CATÓLICO EN LA ESCUELA

Eustaquio Sánchez Pellón¹

RESUMEN

Lo que pretende el autor del artículo como profesor cristiano, es “dar razón de su fe” (cfr. Pd. 3, 16) dentro de lo que sería el marco escolar. Con cierta sencillez y espontaneidad va desarrollando, exponiendo, confesando una serie de “convicciones” en forma de credo.

Para él es fundamental, y “fundante”, por ejemplo la fe “en el Dios que llama personalmente para ser educador en la escuela”. Asimismo se siente, ante todo, “testigo” en este mundo donde hay demasiadas palabras y pocos hechos. Y, por eso, se compromete a vivir desde aquí.

ABSTRACT

The author's aim is “to give an account of his faith” within the school framework given that he is a Christian teacher (Pet. 3, 16). He develops, shows and confesses a set of believes in the shape of a creed.

He considers crucial and generating the example of the faith ‘in God, who summons people individually to become an educator at school’. He also considers himself a “witness” on this world, where words take too much importance. Therefore he commits himself to live his present situation giving an account of his faith.

INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo en una charla informal con unos compañeros de colegio comentábamos nuestra labor entre los alumnos. De pronto, una profesora, con la confianza que da el ser compañeros y con su estilo demasiado directo, me lanzó la siguiente pregunta: “¿Y tú, cómo lo vives?”; o sea –explicó- eso de considerarte cristiano en la escuela, ¿dónde te lleva, qué supone en ti, a qué te compromete...?”. Y continuó haciéndome un amplio elenco de preguntas.

Esto me hizo caer en la cuenta que la “dimensión religiosa” en la labor educativa –en la escuela- no es algo indiferente, ni superficial, ni un añadido... En diversas ocasiones, ante mis alumnos, he tenido que hablar de lo que significa *el ser educador cristiano – católico-*; pero no es lo mismo que te demanden en un momento así -ante compañeros de trabajo- *un testimonio directo y personal*. Por eso, en ese instante, respiré profundo e intenté en unos segundos hacer un rápido recorrido buscando en mí mismo las **convicciones** más esenciales de *mi ser educador*. Y me puse a balbucear la respuesta más adecuada posible en conformidad con las circunstancias del momento. Porque, la verdad, aunque para algunos les resulte un tanto... complicado el ser profesor hoy día, sin embargo “esto simplemente” considero que es relativamente fácil; otra cosa, creo que es “ser y actuar realmente como educador cristiano” en ciertos ambientes, como es el nuestro: la escuela. Esto sí creo que requiere un talante especial.

Por eso quizá he vuelto posteriormente con una actitud más serena sobre la cuestión plantada por aquella inquieta compañera. He intentado buscar -y encontrar- argumentos para “dar razón de mi fe” (1Pd. 3, 15). Y éstos son parte de los frutos de esa reflexión, que ahora me ha * Sacerdote Salesiano. Licenciado en Teología-Catequética. Profesor de ERE en el CES DON BOSCO.

parecido oportuno exponerte aquí en forma de **credo**, o sea de **convicciones**, de algo que fundamenta y sirve de base a mi actuar. Para lo cual, me he apoyado en la estructura con que la Comunidad Cristiana,

¹ Licenciado en Teología Catequética. Sacerdote Salesiano.

ya desde sus primeros momentos, desarrolló en la exposición de su misma fe. Los artículos de esta *mi fe*, que aquí muestro, son aquellos principios que considero más esenciales en mi vida de **educador – creyente-cristiano-católico-**.

Así, pues, comienzo por proclamar que:

1. Creo que Dios me ha llamado personalmente para ser educador en la escuela

Sí, creo en un Dios que está aquí –en la escuela-, el Dios-con-nosotros, Jesús de Nazaret, el Señor resucitado. Él, como buen Maestro, se ha acercado a mí –como a tantos otros- y me ha llamado, me ha invitado a seguirle, participando en la construcción de su Reino, en la parcela de la enseñanza, de la escuela...

Por eso creo que la labor en la escuela es más una “vocación” que una mera profesión; o mejor mi “profesión” es la concreción de un aspecto fundamental de mi vocación de cristiano.

El sentido de mi vida lo encuentro, precisamente realizando esta vocación. O sea, vivo –y quiero seguir viviendo- esta profesión de maestro desde unas motivaciones profundas que me impulsan a auto-realizarme llevando a cabo esta labor de educador. Y esto lo hago desde la fe, o sea desde la relación con este Dios que da sentido a mi existencia así. Dicho con un lenguaje más teológico: “me siento, ante todo, llamado a la perfección, a vivir una vida plena, a la santidad por haber sido bautizado –como se dice en tantos documentos de la Iglesia, por ejemplo en el Concilio Vaticano II: “*Todos los fieles de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de vida cristiana y a la perfección de la caridad*” (Lumen Gentium, 40).

Sé que la identidad de mi vida, como educador cristiano, se define en referencia a Cristo. El punto de partida, es la *unción* por parte de Dios en el Bautismo y Confirmación; y el punto de llegada, la Comunidad humana y sus necesidades.

Asimismo soy consciente, como se dicen en otras tantas citas del Concilio y de otros documentos como, por ejemplo, en *Christifideles laici*: que esta vocación a la santidad personal y al apostolado, común a todos los fieles, adquiere en muchos aspectos características propias que convierten la vida laical en una “vocación específica admirable” dentro de la Iglesia. Todos los cristianos estamos llamados a ser “levadura”, “sal y luz” en el mundo, y yo, en consecuencia, también.

De aquí se desprende que los rasgos propios de mi vocación cristiana en la Iglesia se concretan en un campo muy específico como es la Escuela.

2. Creo en la persona y creo la función positiva de la educación.

Como consecuencia de mi vocación, *llamada por Dios*, me siento, ante todo, “**educador**” que tengo confianza en la persona humana y en sus posibilidades, en sus fuerzas para alcanzar el bien. Así, descubro en cada persona, entre otros rasgos significativos, su “*racionalidad*”; es decir, su carácter inteligente y libre y su “*relacionalidad*”, o sea su capacidad de relación con otras personas. Y para mí el fundamento de su *ethos* humano está en su ser “*imagen y semejanza de Dios*”; un Dios –el cristiano- que es Trinidad –Comunidad- de personas en comunión. Así, pues, la existencia de la persona se presenta como una llamada y una tarea a existir el uno para el otro. Por eso, confío en cada persona; y en mi caso concreto, en el joven o el niño -alumno, que tengo delante-, porque estoy convencido que en su interior –cualquiera que sea su situación- hay recursos que, convenientemente avivados y alimentados, pueden hacer surgir la energía necesaria para desarrollarse.

Y, por eso, quiero y me empeño en ello, haciendo que mi camino educativo parta de la valoración positiva de lo que el alumno, sea de la edad o condición que sea, lleva dentro.

Creo que la *fuerza del bien* en los jóvenes –como en cualquier persona- para poder desarrollarse, necesita un *amor liberador de tipo educativo*. El alumno, en relación directa con el profesor-educador, se siente favorecido, impulsado a sacar y manifestar los aspectos más positivos de sí. De aquí, deduzco, la valorización de la relación interpersonal. En mí, como educador, hay confianza en ellos y, por tanto, acogida recíproca, deseo de compartir, como fuerza que da seguridad al alumno en sí mismo y lo abre a los demás y a Dios.

Y, desde ahí, también concluyo que puedo hacer propuestas señaladas por el gusto del bien, de lo bello, lo verdadero –y de todos los valores positivos- experimentadas en un modo comprometido y orientadas a construir más bien que a obstaculizar y contener. Así, las energías del bien –de cada alumno- son fecundadas por la experiencia humana y por la fe y fructifican en el plano personal y colectivo.

Así, pues, considero que con mi labor educativa -y la de otros compañeros- estoy contribuyendo a la formación integral de cada alumno. Sí, para mí la educación favorece el pleno desarrollo de la personalidad humana. Por eso pongo todo mi empeño en que se tengan en cuenta todas las dimensiones y capacidades del alumno, tanto las intelectuales, afectivas, físicas, como las estéticas, éticas, religiosas (de apertura a la Trascendencia), etc.

Hay una inquietud también en mí en que la atención sea a cada persona –sin olvidar, por supuesto- la dimensión comunitaria de la escuela. Pero considero que el centro de atención personal y del proyecto educativo escolar debe responder, ante todo, a las necesidades de cada persona humana, en especial a las más necesitadas. Creo que hay que considerar a cada alumno en su individualidad teniendo en cuenta su capacidad y otras circunstancias externas.

Asimismo, considero que en nuestra época más que nunca –por diversas circunstancias que aquí no comento- debo privilegiar en la educación aspectos como: el encuentro personal, la escucha atenta, el diálogo; el respeto en las distintas opciones –religiosas, políticas, etc.-, la educación en los valores como son la libertad, ayudando al alumno a liberarse de los condicionamientos que le impidan vivir la plenitud, la alegría y optimismo, la comunicación, la creatividad, el compromiso –conforme a sus capacidades-, la colaboración en crear un clima de paz (comenzando por el ambiente más cercano y abriéndose a la comunidad internacional), aceptar, respetar e integrar a los alumnos de culturas distintas, etc.

3. Creo, y me siento inserto como miembro en una Comunidad Cristiana

Otro de los elementos de referencia de mi vocación cristiana es la Comunidad Eclesial en la que me siento inserto y “soy”. Mi conocimiento-seguimiento de Cristo es *radicalmente eclesial*. Soy consciente de cómo, en tantos aspectos de la vocación cristiana desde el Concilio Vaticano II, se abre una visión nueva y positiva, afirmando la plena pertenencia de todos –laicos y ministros- a la vida y al ministerio de la Iglesia. De esta original vocación y misión –como ya he comentado en el primer artículo de mi credo- nace un nuevo estilo de vida que debe ser una alternativa cultural y existencial en tantos ámbitos de compromiso -en mi caso en la “escuela de los saberes”-.

Así, pues, desde aquí proclamo que –*como educador cristiano*- me siento en sintonía con la Comunidad en la que estoy vinculado, así como con la Iglesia diocesana y universal. Me siento miembro pleno de ese Pueblo de Dios, “*partícipe de la misión sacerdotal profética y real de Cristo*” (*Lumen Gentium*, 31). O

sea, me considero enviado y realizando un servicio eclesial. Sé que “no voy por libre”, que no soy un cristiano aislado, desconectado de los demás miembros de la Comunidad Eclesial. Sé que crezco como persona creyente, en la medida en que permanezco unido a la *Vid*, que es Cristo, y a los demás *sarmientos*, que son los otros miembros de la Comunidad (Jn 15, 1ss).

Y, aunque veo entre esos miembros fallos -como los que tengo yo mismo, por ser frágil-, sin embargo quiero superar cada día el falso dilema de “*Cristo sí, Iglesia no*”, que algunos plantean –incluso dentro del gremio de los profesores-. Por mi parte sé que, al incorporarme a la Iglesia, me estoy incorporando a una realidad ya formada, que existe desde hace más de veinte siglos, y por lo tanto me precede. Por eso, aunque mi *fe* es *personal*, de relación con Dios, sé que esto se realiza a la vez de una manera también “**comunitaria**”, participando plenamente en la vida de la Comunidad. Considero que soy “*católico*” porque apuesto por la fe de la Iglesia Universal, que no excluye a nadie que viva el seguimiento de Cristo.

Y porque creo en la Iglesia, como Pueblo de Dios que camina –crece y avanza-, yo mismo quiero contribuir a crear y acrecentar esta Comunidad de fe desde mi labor educativa. No con una actitud “proselitista”, sino invitando a descubrir a Cristo como el que da sentido pleno a la vida de aquellos que se acercan a Él, le conocen, y a Él se adhieren con todas las consecuencias.

Mi deseo es que lleguemos a ver a la Iglesia como la “*casa y escuela de comunión*”

Asimismo, soy consciente que esta “*espiritualidad de comunión*” me ofrece la posibilidad de redescubrir la relación de reciprocidad con las otras vocaciones en el Pueblo de Dios que formamos todos los que seguimos a Jesús.

4. Creo que puedo establecer en la escuela un diálogo enriquecedor entre la fe y la cultura

En primer lugar quiero partir del convencimiento de que la educación es realmente formativa cuando es “*integral*”, o sea cuando se tienen en cuenta todas las dimensiones fundamentales de la persona, también –y sobre todo- su *apertura a la trascendencia* como elemento que da sentido a la existencia. De ahí, que como creyente que soy, manifieste con mi testimonio que la realidad constatable con las meras ciencias positivas no agotan el verdadero sentido de la existencia. Y por eso busco constantemente iluminar –sin exclusivizar- los elementos de la cultura en que me hallo.

Otro de los presupuestos de que parto es que la educación es el factor que mejor ayuda a una persona a “*humanizarse*”; o sea, mediante la labor educativa se favorece para que todo lo más positivo del ser humano salga, se desarrolle, llegue a ser una realidad en él, que le haga ser más libre, crítico, solidario, etc. en definitiva “feliz”.

Así pues, yo, maestro, educador, creyente convencido considero que la forma más óptima de ayudar a cualquier alumno a “*humanizarse*” –*educarse*-, es favoreciéndole en su proceso de crecimiento para que llegue a asemejarse al “*hombre perfecto*”, que no es otro para nosotros que Jesucristo.

Por eso, siendo consciente también de que estamos siempre inmersos en unas coordenadas culturales, no puedo ni *silenciar*, ni *imponer* una única ni determinada concepción de la persona –en mi caso “*cristiana*”-; sino que debo buscar un *diálogo* desde el máximo respeto a las creencias y libertad de cada alumno.

Y así entiendo yo este “*diálogo*” o búsqueda de síntesis entre la cultura que envuelve a cada alumno y la visión antropológica propuesta por la revelación cristiana, la fe. El proceso para favorecer y fomentar este diálogo es lento, arduo y profundo. El primer elemento que yo considero –y me aplico a mí mismo-,

para llevar a cabo el diálogo, es el *convencimiento* de que vivo desde la fe en contacto e inserto en una cultura. Así, pues, la visión que hago de ella es desde la clave del Evangelio. Procuro que no se dé en mí una *dicotomía*: haciendo que por una parte vaya la *vida religiosa* –creyente- y por otra, la *vida profana* –realidad mundana. Se trata de hacer una verdadera “*síntesis*”, o vivencia de todas las realidades desde la fe. Esto no supone, por supuesto, renunciar a la *autonomía* de lo profano, que tiene sus leyes de funcionamiento y de explicación.

Y, una vez convencido de mi identidad de creyente, como consecuencia me siento “**testigo**” de ello allí donde estoy y en la labor que llevo a cabo -en mi caso, la educación-.

Considero que el otro elemento imprescindible y fundamental para el *diálogo “cultura-fe”*, considero que es partir de la propia vida de cada alumno. La realidad de sus vivencias y situaciones personales deben tenerse presentes a la hora de ayudarle a descubrir por medio de la presentación de unos “*saberes*”. No es que cuando se esté impartiendo una determinada área se tenga que hacer una alusión directa al mensaje cristiano o a Jesús como si fuera la asignatura de religión; más bien, de lo que se trata es que se imparta con competencia profesional y rigor científico –según la capacidad de asimilación de los alumnos-, pero desde la óptica creyente. Me explico: en la revelación cristiana hay una concepción antropológica de la persona, donde se destacan una serie de valores, actitudes, criterios de enjuiciamiento, etc. Estos son los que hay tener presentes cuando se programan los objetivos, cuando se presentan los contenidos, se desarrolla una metodología o cuando se proponen los criterios de evaluación.

Asimismo, en este proceso de búsqueda de *síntesis fe-cultura* hay algunas actitudes fundamentales a desarrollar, como por ejemplo: la conciencia crítica para hacer una lectura de los acontecimientos desde la clave de Dios; la capacidad liberadora de todo lo que impide crecer a la persona; la actitud de solidaridad para crear lazos de fraternidad; la capacidad de observación de lo positivo de lo que nos rodea, etc.

En el fondo, considero que estoy proponiendo un estilo de vida que *interpela* al alumno –sobre todo a los más mayores-; que les pone en el camino de búsqueda -y de posible descubrimiento- del significado más profundo de la existencia humana y de la historia; “que le hago aflorar aquellas necesidades y deseos más auténticos que anidan en su corazón, como son la sed de autenticidad, de honradez, de amor, de fidelidad, de verdad y coherencia, de felicidad y plenitud de vida...; deseos que en último análisis, convergen en el supremo deseo humano: ver el rostro de Dios” (Doc.: “*Las personas consagradas y su misión en la escuela*”, nº 18). Es fundamental que el educador oriente hacia la búsqueda de sentido, que ofrece sin duda la fe, la *buena nueva* de Jesús.

Así, pues, considero que esta dinámica me lleva a vivir en la escuela una máxima de la Espiritualidad de la Familia Salesiana que afirma: Nuestra labor es “*evangelizar educando y educar evangelizando*”.

5. Creo que soy un miembro participativo en la Comunidad Educativa

A semejanza de como me sentía con respecto a la Comunidad Eclesial, ahora me veo como miembro integrado en la Comunidad Educativa del Centro donde desarrollo mi labor escolar. Ahí vivo también la experiencia de Iglesia.

Y, como miembro que soy, participo y colaboro en el Plan o *Proyecto Educativo* que se elabora y lleva a cabo en mi centro escolar. Acepto y valoro a los demás miembros, tanto jóvenes y adultos, padres y educadores, etc., porque con ellos me desarrollo yo mismo cada vez más como persona. Y esto lo veo

concretado en una labor continua con los compañeros y en los diversos estamentos escolares –desde unas actitudes de trabajo en equipo-, afrontando acciones de responsabilidad.

Asimismo, “sabiendo que la familia de los alumnos es la primera y fundamental escuela de *socialidad*”, (Doc. *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, nº 34) como educador acepto gustoso y procuro mantener un contacto –según las circunstancias- con los padres de los alumnos. Considero que estos contactos son necesarios para que la tarea educativa de la familia y de la escuela se oriente conjuntamente en los aspectos concretos, para facilitar el deber de los padres de comprometerse a fondo en una relación cordial y efectiva con los profesores y dirección del centro.

Considero también una atención al entorno sociocultural, económico y político de la escuela en la cercanía inmediata –barrio, ciudad..., como a otros niveles más amplios como es la nación y la humanidad-. A este respecto también estoy de acuerdo (con lo que se plantea en el Doc.: las personas consagradas y su misión en la escuela, nº 49) en que como miembro de la Comunidad Educativa la red de comunicación hay que ampliarla cada vez más, “estableciendo una red con otras instancias educativas”.

No olvido tampoco la colaboración que todo educador –y por ende yo mismo- debe llevar a cabo con asociaciones profesionales del gremio, que tienen influencia, sobre todo, en el terreno de la enseñanza-educación.

Y todo eso me lleva también a ofrecer a los mismos alumnos una orientación hacia actitudes de apertura y sociabilidad para con los demás. Así, pues, mi punto de referencia y de contacto procuro que sea, en primer lugar, con los diversos miembros de nuestra Comunidad Educativa, para que, desde ahí, descubran ellos mismos la posibilidad de irse integrando progresivamente como miembros activos en nuestro ámbito y en otras asociaciones y comunidades, llegando a verse como ciudadanos de la Humanidad, superando exclusivismos de rechazo hacia otros distintos.

6. Creo en mi formación personal, integral y permanente

Me considero educador con una vocación de crecimiento personal y profesional. Desde hace tiempo, como cualquier buen profesional lo hace en su campo, yo me he ido preparando en la labor educativa. Y sigo en ello, porque sé que mi misión, la de la educación, es algo que debe estar en continua búsqueda de una relación cada vez más eficaz con los alumnos.

Y, aunque en ciertos aspectos me veo más “presionado” por múltiples circunstancias estructurales, sociológicas, etc., como es lo relativo a las ciencias de la educación, a lo tecnológico e informático, sin embargo no por eso dejo en el olvido otros aspectos que considero también fundamentales para mi crecimiento como educador cristiano.

Dejando aparte mi convicción personal, en los diferentes documentos de la Iglesia, se hace una continua referencia a la formación permanente e integral. Por ejemplo, me tomo como una invitación personal lo que se presenta en *Christifideles laici*: “debo formarme para vivir aquella unidad con la que me está marcado mi mismo ser miembro de la Iglesia y ciudadano de la sociedad humana”. (n 59). O sea, considero que no debo insistir sólo en una preparación o formación en unos determinados campos o áreas, como pueden ser los relativos a lo académico, que son muy importantes y más en la coyuntura de un contexto de globalización, de nuevas tecnologías, donde es necesario e imprescindible unos criterios de discernimiento para una valoración ética desde el evangelio. Pero, sobre todo es necesario, por esto mismo, una continua formación –preparación, crecimiento- en lo relativo a la vida cristiana, en la fe. Creo

que es fundamental una formación integral para vivir la unidad. La formación espiritual es imprescindible si se quiere ser realmente un “*educador cristiano*” en este contexto de cambios radicales en la escuela. Esto ya lo proponía también el mismo concilio Vaticano II, por ejemplo en *Gravissimum educationis*. Y, a medida que hemos ido avanzando en una mayor sensibilidad por esta vocación, vamos -o deberíamos ir siendo- más conscientes de lo que supone una adecuada preparación.

Si quiero, como ya he manifestado, hacer una verdadera síntesis entre la fe y la cultura, debo estar lo suficientemente preparado en ambos campos: lo cultural y lo religioso. *Una formación religiosa* que no es simplemente una buena preparación en los “*saberes*” de libros, como unos contenidos meramente teóricos y neutros. Creo que la “**educación en la fe**” exige mucho más: comienza por una adhesión – libre y personal- a Cristo, a su persona y, como consecuencia, a su mensaje, a su doctrina. Y en esa adhesión o vinculación entra lo personal y lo comunitario; entra lo teológico, lo celebrativo, el compromiso, el testimonio hecho gestos concretos.

Aparte de los ámbitos formativos personales –lecturas, asistencia a conferencias, jornadas de preparación, etc.-, está el otro ámbito más comunitario, donde se crece con los otros creyentes. Por mi parte, esta experiencia de *vida de fe comunitaria* la realizo en primer lugar con los mismos miembros de mi Comunidad Educativa, aunque soy consciente que debo tener una actitud de apertura mayor, en la Comunidad Cristiana –parroquial, religiosa, diocesana, Iglesia Universal-.

7. Creo que debo ser lo que soy, coherente y transparente: *vivir lo que enseño y enseñar lo que vivo.*

Ante todo, veo en mí la necesidad, -como educador, en constante relación con chicos, chavales, jóvenes, etc.- el tener un alto grado, en primer lugar, de *madurez humana*, cada vez mayor. Sí, en contacto con mis alumnos, así como con otras personas –padres, compañeros, estamentos, instituciones- considero que debe darse en mí un equilibrio afectivo, un cierto grado de seguridad, de flexibilidad, de objetividad, etc. Y, sobre todo, de *transparencia y sinceridad* para conmigo mismo y para con los demás.

Pero a la vez busco y deseo una “*madurez*” como **creyente-cristiano**. Por eso comienzo por hacerme un proyecto de vida en el seguimiento a Cristo: centrado en Él y en los demás, algo que no puedo vivir por separado –si quiero ser consecuente con su evangelio-. El amor solidario con mis alumnos es el que me acerca cada vez más a Dios.

Además, estoy convencido, por propia experiencia, que el estilo que mejor favorece el proceso educativo con mis alumnos es, sin duda, la entrega total, desde la cercanía, el diálogo, la comprensión... y, sobre todo, la *coherencia con mi autenticidad*. Hay una máxima que dice que “*se enseña más por lo que se es que por lo que se dice*”. En este terreno de la educación en cristiano –y no digo simplemente de la enseñanza académica- es fundamental *no engañar* a nadie ni en engañarse uno a sí mismo. A la larga a quien actúa con actitudes no auténticas –de cierta apariencia- se le vuelven contra él y contra lo que él mismo representa.

Sé, como educador cristiano, que el *testimonio* de la propia vida, como forma de existencia que se inspira en Cristo, ayuda extraordinariamente a que el joven o el niño viva la libertad de hijo de Dios y experimente el verdadero gozo y la auténtica realización, que nacen de la acogida del Proyecto del Padre.

Siempre he estado interesado en vivir una sincera correlación entre lo que comunico –mensaje, contenidos de cualquiera de las áreas que imparto- y lo que vivo y soy. E, incluso, estoy cada vez más

convencido que sólo es realmente “creíble” lo que digo si va acompañado, apoyado –“justificado”- con un comportamiento coherente. Sé que el alumno –sea de la edad que sea- me observa constantemente lo que *hago* como profesor-educador; pero mucho más, me contempla en lo que soy. De ahí que haga lo posible por ser ante ellos “*signo, memoria y profecía de los valores del Evangelio*”. Lo importante en mi labor de relación con cada alumno es el ser “signo y portador del amor de Dios hacia ellos”; lo demás vendrá por añadidura, o sea, sin apartarlo ni despreciarlo sino todo lo contrario, pero sabiendo muy bien cuál es el centro y motor de mi labor y lo que se deduce de mi ser *educador cristiano*. Así pues, estoy convencido que con mi labor educativa, estoy ayudando a los alumnos a profundizar en el estudio, la investigación, la asimilación y descubrimiento del saber en las distintas áreas, como *el camino mejor que puedo ofertarles para que puedan llegar a la Verdad, que para mí se identifica con Dios*.

Y para que la relación que establezco con los alumnos sea cada vez más eficaz no puedo olvidar aquellas actitudes que colaboran a ello, como puede ser la escucha, la empatía, la disponibilidad, etc.; y una buena dosis de optimismo y capacidad esperanzada para descubrir los aspectos positivos de cada uno.

Considero que esta labor de *educación*, a pesar de todas las espinas que surgen en el contexto actual, sin embargo sigue siendo una parcela privilegiada dentro de la actualización del Reino de Dios, ya que estamos trabajando con la parte más exquisita, que son las personas –*imagen y semejanza de Dios*-. Lo cual me lleva a concluir, manifestando mi agradecimiento al Creador por estar colaborando con él en la perfección de su obra.

CONCLUSIÓN

Mi pretensión al exponer esta breve síntesis de mis convicciones es simplemente provocar en quien lo lea una reflexión más personal en su propia labor en el campo educativo. Soy consciente que son muchos los aspectos, incluso fundamentales, que se me quedan en el tintero. Mi reflexión se basa en algunos de los principales documentos de la Iglesia sobre el campo de la identidad cristiana y la vocación en el campo de la educación. Por eso los cito a continuación a modo de recuerdo:

- Documentos del Concilio Vaticano II, como por ejemplo: *Lumen Gentium*, *Apostolicam actuositatem*, *Gravissimum educationis*, etc.
 - Documentos de la Sagrada Congregación para la Educación Católica: “*El laico católico testigo de la fe en la escuela*” (1982), “*La Escuela Católica en los umbrales del tercer milenio*” (1997), “*Las personas consagradas y su misión en la escuela*” (2002),
 - Otros: exhortaciones apostólicas “*Christifideles laici*” (de 1988), “*Novo Millennio ineunte*” (2001);
 - De la Conferencia episcopal Española: “*El profesor de religión católica: vocación y misión*”, (1998)
-

(P.D.)

Como podéis haber deducido, tras su lectura, esto no es un trabajo de estudio, es más bien un sencillo testimonio de convicciones nacidas de la experiencia directa en el campo de la educación contrastadas con los grandes principios de la Comunidad Educativa Cristiana. De ahí, que quien desee hacer una mayor profundización sistematizada, pueda recurrir a algunos de los documentos que se han citado al final.

Los diversos artículos de *mi credo* tienen entre sí una relación, de tal manera que no se pueden comprender o asumir uno de ellos sin referencia a los demás. Cada uno completa, de alguna forma, lo que al otro le queda por profundizar. Leámoslo en esta clave.

Soy consciente, también, que lo expuesto no hace referencia simplemente a un determinado tipo de profesor, el de una materia como por ejemplo de la asignatura de religión. Creo que es propio de todo el que se considere, ante todo, **educador cristiano** en el ámbito, por supuesto, de la escuela.